

rios triunviros romanos, nada tiene que ver con el asunto de los bienes de la iglesia, pues no hay paridad entre ambos negocios. Además de que el Papa, como que es el que tiene las facultades de obrar como juzgue mas conveniente á la elevada mision que tiene como cabeza de la Iglesia, podia determinar por sí mismo, mientras el arzobispo de Méjico no podia hacerlo sin la aprobacion del Padre de los fieles. No se opuso, pues, el arzobispo regente D. Pelagio Antonio de Labastida á que se decretase la circulacion de los *pagarés*, otorgados los bienes de manos muertas, porque creyese que el Papa era menos católico que él, sino porque siendo buen católico y respetuoso prelado, nada queria hacer sin la aprobacion de aquel á quien juzgaba cabeza del catolicismo. No se manifiesta mas justo el abate Domenech al hacer la calificacion de las conciencias de los dos prelados que censura, asentando que eran elásticas. Si hubieran estado dotadas sus conciencias de esa elasticidad que, sin justicia, les supone el abate Domenech, no hubieran sufrido las penas, persecuciones, disgustos y, por último, el destierro que sufrieron, porque no creyeron, en conciencia, que debian acatar las leyes sobre nacionalizacion de los bienes de la Iglesia. Es tambien un error del abate Domenech asegurar que el señor Munguía decia que *mas valia perder todo que transigir*, porque ambos prelados tenian grandes sumas en Europa para vivir tranquilamente. Estaba mal informado el abate Domenech al expresarse de ese modo. El arzobispo de Méjico D. Pelagio Antonio de Labastida, que habia heredado de sus padres un caudal respetable, gastaba una parte no pequeña de él, en beneficio de su diócesis, y lo mismo

hacia el señor Munguía. Lo que recibian de la Iglesia, aun antes de que el gobierno de D. Benito Juarez lo despojase de sus bienes, apenas bastaba para que vivieran con la decencia que correspondia á la dignidad de su clase. A ochocientos duros de entradas al año estaban reducidos los canónigos, en la capital de Méjico, donde todo es muy caro para vivir, y cantidad por lo mismo muy pequeña, que apenas les bastaba para sus mas precisas necesidades. Esa era la insignificante suma con que contaban para sus gastos, pues desde el año de 1833 no se cobraban diezmos, habiendo bajado, en consecuencia, considerablemente las rentas, no siendo las que producian las propiedades, ^{1863.} suficientes para cubrir todas las obras de ca-
Noviembre. ridad á que tenia que atender la Iglesia. Justo es decir que el clero mejicano ha dado en sus dias de mas amarga situacion, pruebas patentes, positivas, de una abnegacion que le honra.

Los magistrados y jueces al verse destituidos por un acto de arbitrariedad injustificable, dirigieron su queja al archiduque Maximiliano, dándole cuenta del hecho injusto que habia causado una profunda y desagradable sensacion en la sociedad. Bien sabia el regente D. Juan Nepomuceno Almonte que los individuos que habian protestado contra las disposiciones dictadas por él y su compañero de regencia Don Mariano Salas, elevarian alguna acusacion contra él; y aunque el general Bazaine le aseguró que su conducta seria aprobada, sin embargo, no quedó tranquilo, y escribió al archiduque Maximiliano diciéndole, como asienta Don Francisco de Paula de Arrangoiz, que «*resistir á Bazaine era perder al país*, y que lo que se habia

hecho no prejuizaba la cuestion.» Tambien escribió á Don José María Gutierrez de Estrada, segun refiere el expresado Arrangoiz, manifestándole que «*no habia hecho mas que seguir las instrucciones dadas por Napoleon á Bazaine,*» enviándole todos los documentos para que le defendiera, en caso necesario, de los ataques que pudieran dirigirles á él y á su compañero de regencia D. Mariano Salas. No era posible que Gutierrez de Estrada, cuyas ideas conservadoras eran inquebrantables, apoyase, de ninguna manera, la conducta observada por los dos regentes. Gutierrez de Estrada no podia admitir que la Regencia pudiese existir legalmente sin los tres individuos nombrados segun el decreto de su creacion, y, por lo mismo, teniendo por ilegal lo hecho por Almonte y Salas, en vez de considerarse en el deber de defenderles, se guardó los documentos, y, como presidente de la comision mejicana, escribió á Roma, manifestándose opuesto á lo que ambos habian decretado sin acuerdo del arzobispo regente.

Algunos publicistas de Europa no titubearon en asentar en sus escritos, al ver las disposiciones dictadas por Almonte respecto de los pagarés y destituyendo al arzobispo y á los magistrados de la suprema córte, que en Méjico existian dos partidos conservadores; el *conservador progresista* á cuya cabeza se hallaba D. Juan Nepomuceno Almonte, y el *conservador retrógrado* de que era jefe D. José María Gutierrez de Estrada; pero en esto sufrían una equivocacion los escritores europeos, como lo sufrieron y sufren con frecuencia cuando se ocupan de asuntos y hechos pertenecientes á Méjico. Nunca ha existido en aquel país en el partido conservador, y mucho menos en esa época, la

division referida por varios periodistas de Europa. El partido conservador en Méjico ha sido constantemente uno solo, siendo uno de sus mas firmes lazos de union, el principio católico, el no admitir respecto de los asuntos correspondientes á las cuestiones de la Iglesia, mas que las decisiones del jefe de ella. El regente D. Juan Nepomuceno Almonte dejó, pues, de pertenecer al partido conservador desde el momento en que obró en el asunto delicado de los bienes adjudicados del clero, sin esperar que se celebrase un arreglo con la Santa Sede, y todos los conservadores le consideraron como excluido de sus banderas. El disgusto que causó la conducta de los regentes Almonte y Salas, fué general en los individuos pertenecientes á la idea conservadora. Ninguno de ellos la aprobó, y si no levantaron protestas contra lo dispuesto, fué porque abrigan la esperanza de que el archiduque Maximiliano reprobaria lo hecho por los dos regentes.

Confiando el partido conservador en que tendria una solucion satisfactoria para los intereses católicos el asunto correspondiente á los bienes de manos muertas, miraba con satisfaccion hacer al ejército franco-mejicano los preparativos para emprender la campaña del interior.

Mientras en la capital de Méjico se disponian respetables divisiones para dirigirse á las ciudades mas importantes de tierradentro, y los generales de Don Benito Juarez preparaban el grueso de sus fuerzas para disputarles el paso, los jefes de guerrillas y de cortas secciones habian continuado teniendo repetidos encuentros en que siempre, desgraciadamente, perdía el país algunos de sus hijos. El conandante militar del partido de Chautla, D. Jesús Ma-

ría Visoso, entusiasta imperialista, habia salido á expedicionar por el distrito de Tlapa, en el Estado de Puebla, con objeto de destruir las guerrillas juaristas que por aquel rumbo operaban. Puesto al frente de una fuerza de cuatrocientos hombres, se dirigió á Chepetlan en que se hallaba el guerrillero republicano Angon; pero avisado éste á tiempo, dejó la poblacion, tomando el camino de Alpoyecá. Algunas partidas de monteros trataron de impedirle el paso; pero Angon, procurando vencer aquella dificultad antes de que llegase el jefe imperialista Visoso con su fuerza, acometió con brío á los monteros y logró rechazarles, aunque sufriendo, para conseguirlo, la sensible pérdida de quince hombres muertos y bastantes heridos. El comandante militar Visoso llegó poco despues al sitio disputado por los monteros, y al saber que Angon se hallaba en Alpoyecá, apresuró la marcha para alcanzarle. El guerrillero juarista abandonó apresuradamente la poblacion, dejando dos cureñas y algunos otros objetos de guerra. El jefe imperialista hizo descansar á su fatigada tropa, y al siguiente dia destacó una fuerza en persecucion de sus contrarios. Estos, viendo que iban á ser alcanzados, abandonaron cuatro piezas de artillería, varios útiles y montajes, para retirarse con mas prontitud, y la fuerza que habia salido en su alcance volvió á Alpoyecá, con los cañones y pertrechos de que se habia apoderado.

1863. Otro hecho de armas se verificó en la hacienda de San Nicolás, á poca distancia de Celaya, en el interior, entre una fuerza de infantería juarista que estaba en ella, y la seccion del coronel imperialista Troncoso. Este atacó la posicion; y despues de una

obstinada resistencia hecha por sus contrarios, les obligó á rendirse haciendo á todos prisioneros. Pocos instantes despues llegó en auxilio de los infantes una fuerza de doscientos hombres de caballería, al mando del comandante juarista D. Margarito Cárdenas; pero despues de dos horas de combate, se vió tambien derrotado, y se alejó dejando en el campo treinta muertos, diez y ocho heridos, y en poder de los vencedores cincuenta prisioneros.

Tambien les fué contraria la fortuna á las armas republicanas en San Pedro Coayuca, en el Estado de Puebla. Los guerrilleros juaristas D. Bernardino García, D. Julian Torres, Zafra y otros, atacaron juntos aquella poblacion. La guarnicion que en ella habia bajo las órdenes del comandante imperialista Rodriguez, resistió valientemente los ataques. En los momentos en que los sitiadores se disponian á hacer el último esfuerzo, llegó en auxilio de la poblacion el teniente coronel D. Pedro G. Gavito, y lanzándose la caballería sobre los sitiadores, les obligó á levantar inmediatamente el sitio, dejando varios cajones de municiones, veinte muertos, entre ellos el coronel D. Felipe Aguilar y el capitan D. Francisco su hijo, varios heridos y algunas armas.

No se mostró mas favorable la fortuna en Arroyozarco á las fuerzas de otros jefes que combatian contra el imperio. Estando en Tula el general imperialista D. Tomás Mejía, recibió orden el dia 2 de Noviembre, á las ocho de la mañana, de avanzar sobre San Juan del Rio. Acto continuo se preparó para obsequiar la disposicion, y poco despues de las doce emprendió la marcha. A las once de la noche llegó á San Miguelito, donde se detuvo tres horas para

dar descanso y pienso á los caballos. Hecho esto, continuó su marcha á las cuatro de la mañana, marchando al frente de la descubierta, compuesta de una corta fuerza de caballería y una parte del primero de Sierra Gorda, el general D. Rafael Olvera. A las seis y media de la misma mañana llegó la expresada descubierta á la ranchería llamada el Rosal, tres leguas antes de llegar á Arroyozarco. En esa ranchería del Rosal se hallaban los guerrilleros D. Dionisio Fragoso, Romero, Malo y otros, con cuatrocientos ginetes, que inmediatamente ocuparon la carretera para disputar el paso. Los imperialistas emprendieron el ataque en el instante mismo; y despues de media hora de combate, obligaron á retirarse á sus contrarios, haciéndoles treinta prisioneros, causándoles treinta muertos y muchos heridos, quitándoles dos cajones de municiones, doce paquetes de pistones, llamados *cápsulas* en Méjico, muchos papeles, algunas armas y cien caballos de buena clase. El coronel juarista D. Aureliano Rivera que se hallaba enfermo de fiebre en la hacienda de Arroyozarco y que, por lo mismo, no podia batirse, montó á caballo al saber el descalabro sufrido, y se retiró rumbo á Querétaro con una corta escolta que tenia.

El general D. Rafael Olvera persiguió á las fuerzas derrotadas que habian tomado el camino de San Juan del Rio, hasta la ranchería del Alamo, tres leguas mas allá de Arroyozarco. Dos dias antes de haberse verificado este hecho de armas, se habia retirado tambien la fuerza principal juarista que habia estado allí situada bajo las órdenes de Peña y Barragan.

Pocos dias despues del anterior encuentro, otras guer-

rillas juaristas se presentaron, de improviso, á las siete de la mañana del 11 de Noviembre, en una de las puertas que da entrada á la poblacion de Tulancingo. Se componia de cuatrocientos ginetes. La guardia civil, compuesta de los vecinos del lugar, se puso inmediatamente sobre las armas, al mismo tiempo que el escuadron de Chignahuapan salia al encuentro de sus contrarios. Empeñado el combate, los republicanos hicieron notables esfuerzos por penetrar en la poblacion; pero encontrando una vigorosa resistencia, se retiraron despues de haber tenido varios muertos y muchos heridos, y dejando dos cajones de chacós, varias lanzas y otros objetos de guerra.

Igualmente contraria les fué la fortuna el 20 de Noviembre, á los guerrilleros D. Baltasar Tellez Giron, Don Catalino Fragoso y D. Nicolás Romero, que, á la cabeza de setecientos hombres de caballería, se hallaban en la hacienda de Apulco. Sabiendo que se dirigia contra ellos el coronel imperialista D. Feliciano Rodriguez, prefecto político de Otumba, tomaron ventajosas posiciones para esperarle. La accion se emprendió por una y otra parte con vigor; pero habiéndose inclinado al fin la victoria por los imperialistas, los republicanos se retiraron, dejando en poder de sus contrarios cinco mulas cargadas con municiones, muchos fusiles, doscientas lanzas, ochenta carabinas, ciento cuarenta caballos, veintiseis prisioneros, treinta muertos, gran número de heridos, y la correspondencia particular de los jefes principales.

En compensacion de estos hechos favorables á las armas imperialistas, hubo algunos encuentros en el Esta-

1863. do de Jalisco en que las fuerzas republicanas llevaron la mejor parte sobre varias partidas conservadoras. También en las cercanías de Méjico lograron un ligero triunfo las guerrillas juaristas que solían acechar sus golpes desde el monte de Ajusco. Uno de esos golpes lo dieron el 13 de Noviembre. Habiendo tenido aviso de que un convoy de mercancías había salido de Cuernavaca para la capital, el guerrillero Martínez emboscó su gente, que ascendía á doscientos hombres, en el punto llamado el Capulin, situado en un recodo del camino. El convoy marchaba fraccionado. Una corta fuerza de soldados mejicanos formaba la vanguardia, y el grueso principal de la escolta que se componía de cien hombres marchaba detrás del convoy. Los guerrilleros dejaron pasar los primeros, permaneciendo ocultos, y cuando juzgaron conveniente, se lanzaron sobre la escolta que, no teniendo tiempo para disponerse al combate, se replegó á San Mateo y Xochimilco, con pérdida de cuatro hombres, dejando abandonado el cargamento. Dueños de este los guerrilleros, lo llevaron al monte de Ajusco, y ofrecieron entregarlo si en cambio los comerciantes á quienes pertenecían los efectos, les daban diez mil duros.

En medio de los preparativos que se hacían por el general Bazaine en Méjico para emprender la campaña del interior, para cuyo punto habían salido ya algunas divisiones, las miradas de muchos imperialistas estaban fijadas en la resolución que tomaría el gobernador del Estado de Guanajuato D. Manuel Doblado. Desde hacia algún tiempo había circulado la voz de que trataba de entrar en arreglos con la intervención, y aun los periódicos hablaron

en igual sentido. Cuando mas fuerza había tomado entre los imperialistas la creencia de que entraría en convenios, publicó un manifiesto, el día 9 de Noviembre, que desvaneció la esperanza concebida. Lejos de manifestarse dispuesto á entrar en conferencias, se mostraba, en ese manifiesto, resuelto á combatir hasta el último trance en defensa de las instituciones republicanas y contra la intervención. En él daba el epíteto de traidores á los imperialistas, y aseguraba, como en su anterior proclama, que las miras de la Francia no eran otras que las de conquistar el país. «Guanajuatenses,» decía en el referido manifiesto: «Los franceses y los traidores tocan ya las puertas del Estado. Vuelvo, pues, á encargarme del gobierno del mismo, para cumplir mi deber defendiéndolo, y resuelto á correr la suerte que la Providencia me depare en el lugar en que me colocó la voluntad del pueblo.»

El manifiesto concluía con las siguientes palabras: «Conciudadanos: la hora de la lucha se acerca; el tiempo de prueba ha llegado. Ninguna gloria hay comparable con las páginas de la historia moderna, á la que adquirieron la España y la Rusia, cuando á principios de este siglo opusieron con la insurrección, un muro indestructible al tirano de la Europa, á Napoleon I. Ambas parecieron sucumbir de pronto al inmenso poder del moderno Artaxerxes; pero el pueblo se levantó, y aquellas dos potencias, derrocaron al que había conquistado el prestigio de invencible.

«Imitemos el ejemplo heroico de aquellas dos grandes naciones, sin que nos amedrente el número y poder de nuestros enemigos. Bien podrá ser que la suerte de las